

La universidad: su misión histórica y su deuda con la sociedad del siglo XXI

Patricia Gómez M.

Departamento de Cardiología, HCUCh.

SUMMARY *The principal and basic mission of the university is to fulfill the requirements and demands of the community it serves. We are currently living a period which is both, fascinating but also very worrisome. During the last decades, amazing changes have taken place in the world –especially in the telecommunications and transportation areas. Internet, globalization and extreme liberalism applied indiscriminately, have generated substantial changes, most of them very useful and positive, but others quite dangerous and deleterious. Mental and physical barriers have been broken, generating major transformations in our culture. Certainly, almost everything seems to be changing, but unfortunately not necessarily for good. We have become “citizens of the world,” and knowledge is now considered the most valuable trade. Along with this, though, many new problems have appeared. Individualism, super specialization and dehumanization are just a few of them. This “selfish culture” has the risk of auto self distraction. Today’s universities have not yet assumed the role they should in this new “Society of Knowledge.” It seems that the XXI th century’s universities, instead of helping resolve these problems, are in fact, contributing to them. Superior education has become overcrowded. This factor generates new problems by itself, such as the need to certify the quality of the new educational institutions. Employment availability has not expanded accordingly to the new graduates’ needs. This has reinforced individualism. Additionally, as technological investigation is now mainly coming from the business and industrial world in response to their particular interests, the university has lost leadership in this area. Essential changes should take place within this institution, to generate a positive change, a step up in the evolution towards a new society, where all human beings could have equal opportunities. The “magic formula” should include a holistic and multidisciplinary view of the world, introducing reflexion and core values and principles -not just from the theoretical but also from the practical point of view-. We should not only talk about core values; we should practice them in our daily routine, showing our students that these are the “tools” they should use and transmit to others, in order to make this world a better place to live. As members of the University Faculty, we are asked to assume a very important formative role. We should never forget that the ultimate mission of the university is to contribute in the development of a better society.*

INTRODUCCIÓN

La Universidad es una institución de larga y compleja historia que nace en la época medieval. Una de las principales misiones que se le

ha pedido a través del tiempo es la de ponerse al servicio de las necesidades de la época y de la sociedad en que se inserta. La aparición de la burguesía acompaña su nacimiento. Esa emergente burguesía hallará en las asociaciones la clave de su fuerza,

y fruto de ese espíritu asociativo de estudiantes y maestros de las antiguas escuelas iniciadas en conventos y catedrales que se asocian luego en corporaciones autónomas, aparece la universidad. La primera en nacer fue la de Bolonia, a comienzos del siglo XIII, seguida de la de París, bajo el nombre de Colegio de Sorbona, y la de Oxford. En Chile⁽¹⁾, la primera institución educacional terciaria aparece en 1622 con el nombre de Santo Tomás de Aquino. Era regentada por los frailes dominicanos y sólo otorgaba títulos de postgrado en Teología. En 1747 se convierte en la Universidad de San Felipe y en 1842, en nuestra Universidad de Chile, institución ajustada a los ideales culturales y educativos de la sociedad republicana de la época, que ocuparía luego un papel principal en el desarrollo de la historia de nuestro país, siendo cuna de la mayoría de nuestros grandes líderes. Después de la Segunda Guerra Mundial, y más notoriamente a partir del segundo tercio del siglo XX, se da inicio a un proceso mundial de transformaciones que permite el paso de una universidad de elite a otra de masas. El siglo XX está marcado también por la irrupción de la mujer en el campo profesional y laboral, lo que genera un considerable aumento de la masa de trabajo. Aparece además otro fenómeno interesante: la investigación científica comienza a ser abordada de manera sistemática por las empresas, generando éstas tanto o más conocimiento que las propias universidades.

En el Chile de los años 70 se gesta la Reforma Universitaria que aboga entre otras cosas, por un mayor compromiso social de las instituciones educacionales terciarias. Durante el gobierno militar desaparecen las sedes regionales de la Universidad de Chile, lo que la hace perder fuerza y cohesión. Surgen luego de manera casi exponencial las universidades privadas. Este fenómeno genera, a su vez, mayor masificación de las matriculas universitarias, situación que como señaláramos, venía ya gestándose por la entrada de la mujer al mundo profesional. Se empieza a observar, además gran

movilidad de estudiantes entre las diversas regiones del orbe. Todo lo anterior genera una desproporción entre la masa de estudiantes, profesionales y el campo laboral existente, lo que a su vez incentiva la competitividad y favorece el individualismo.

Se evidencia en el corto plazo un éxodo de docentes desde las universidades tradicionales a las privadas, en busca de mayores incentivos. A la vez, comienza a observarse una tremenda desigualdad en la calidad de la educación impartida por las distintas entidades. En las carreras de la salud, se suscita otra situación muy particular: la batalla por los campos clínicos.

NUEVO ESCENARIO GENERADO POR LA GLOBALIZACIÓN

Hoy estamos siendo testigos, sin lugar a dudas, de una era asombrosa, fascinante, pero al mismo tiempo tremendamente inquietante. Los cambios que nos ha tocado presenciar en las últimas décadas son abismantes, siderales; en especial aquéllos que se refieren a avances en el terreno de transportes y telecomunicaciones. La aparición de Internet ha significado un vuelco en la vida de nuestro planeta y sus habitantes; una transformación sustantiva que, como la mayoría de los cambios trascendentes, trae consigo consecuencias duales (positivas y negativas), algunas de las cuales estamos recién comenzando a vislumbrar. Se han roto barreras físicas y mentales, generándose un verdadero cambio cultural; hemos pasado ahora a ser todos “ciudadanos del mundo”. Saltamos a una nueva era histórica que algunos han dado en llamar “la sociedad de la información o del conocimiento”. Lo que se transa hoy ya no son sólo bienes materiales, sino también y muy especialmente, ideas, información y conocimiento. La globalización ha posibilitado la expansión de un libre mercado económico e intelectual, el que genera a su vez nuevas transformaciones que, sin duda, pueden ser aplaudidas o repudiadas según el cristal con que se miren.

La necesidad de un cambio ha penetrado en las conciencias individuales y colectivas y está abarcando todos los ámbitos de nuestras vidas.

LA EDUCACIÓN: UN SECTOR CON REFORMAS PENDIENTES

Existe; sin embargo, un importante terreno que parece no haber evolucionado a la par, pues no ha sido objeto aún de transformaciones sustanciales: me refiero a la educación. Aún cuando los discursos puedan decir otra cosa, parecemos estar bastante lejos de lo que esta nueva sociedad del conocimiento requiere, en términos de educación secundaria y universitaria.

Todavía continuamos mirando a la educación desde un paradigma positivista y centrado en la enseñanza, no en el aprendizaje. Pero no sólo eso: seguimos planteándola desde la misma plataforma mental utilizada hace varias décadas atrás. No nos hemos modernizado y, aunque se hayan cambiado algunas metodologías, creemos que se ha avanzado muy poco en este terreno, o casi nada. Hay quienes sostienen que sí ha habido avances, argumentando que hoy se usan muchas metodologías innovadoras como el e-learning, las simulaciones y otros múltiples recursos audiovisuales que en el pasado no existían. Aunque eso es real, en general seguimos utilizándolos sólo para entregar contenidos y mostrar nuestra personal visión de la realidad. Rara vez los utilizamos para generar polémica o discusión, para presentar un problema que deba ser resuelto en conjunto con miras a conseguir así un aprendizaje más significativo, producto del discernimiento y la reflexión individual y grupal, acerca de los temas expuestos.

No parecíamos, entonces, estar incentivando en nuestros alumnos el desarrollo de su capacidad de discurrir, de indagar más allá del problema puntual que se les presenta para desarrollar así su creatividad y generar nuevas ideas, nuevos conocimientos, que es lo que la sociedad de hoy requiere.

En el terreno práctico por otro lado, estamos demasiado insertos en el tema del mercado, la productividad y la competencia. La academia parece haber adoptado un rol secundario pues, a veces, juega en contra de nuestra productividad profesional. Los números mandan: N° de pacientes atendidos, N° de trabajos publicados, N° de cursos dictados, etc. Ni siquiera parece existir a veces un intento por controlar la calidad. Pareciera que no estamos aquilatando suficientemente nuestra responsabilidad como docentes formadores ni percibimos el tremendo valor subyacente del currículo informal u oculto, así como sus inadvertidas contradicciones y riesgos. Predicamos valores a nuestros alumnos, pero no siempre los practicamos. Tampoco dichos elementos están siendo suficientemente considerados al momento de calificar o evaluar académicamente a los docentes.

MISIÓN ACTUAL DE LA UNIVERSIDAD

Nuestra sociedad actual tiene nuevas necesidades, aún insatisfechas. No nos referimos sólo al mundo de la Ciencia y Tecnología, sino a un espectro mucho más amplio y holístico del conocimiento, en el que temas como la espiritualidad por ejemplo, puedan retomar su merecido valor, rescatando su estrecha conexión con la ciencia⁽²⁾. Al hablar de nuevos conocimientos, debiéramos referirnos a intentar descubrir las estrechas interrelaciones existentes entre los diferentes ámbitos del saber, lo que nos permitirá comprender por qué si anhelamos construir un mundo mejor, no basta con preocuparnos de nuestro pequeño entorno y velar sólo por nuestros personales intereses del momento, sino entender que en todo orden de cosas siempre formamos parte de un universo mayor y que está todo concatenado: el éxito y/o fracaso de uno de sus elementos constitutivos incide necesariamente – tarde o temprano - en el de los demás, sea de manera directa o indirecta. Si el crecimiento no es armónico, se generarán desequilibrios que a la larga repercutirán en el avance no sólo de los

demás, sino también de nosotros mismos. Esto es válido para los órganos del cuerpo, los miembros de una familia, los departamentos de una facultad de Medicina, los servicios de un hospital clínico de alta complejidad, los diferentes miembros de una sociedad, los componentes de nuestro planeta, el universo, etc.

Podríamos decir además, que en esta nueva era marcada por un individualismo tal vez demasiado exagerado en todo orden de cosas, parece fundamental fomentar y cultivar la cultura del apoyo mutuo y del bien común, para desplazar la del personalismo egoísta que nos ha invadido en los últimos años e impuesta por las leyes del mercado, nos ha conducido a una evolución disarmónica que trae consigo frustración, fracasos e infelicidad.

Otro aspecto ligado - quizás tangencialmente - con lo anterior, lo constituye el problema generado por la súper especialización. Ortega y Gasset⁽³⁾ en su ensayo *La barbarie del especialismo* hace alusión al “sabio-ignorante”, refiriéndose a aquel científico que sabe muchísimo acerca de su pequeño y minúsculo tema, que lo ha hecho famoso frente a sus pares, y por sentirse tan erudito y reconocido, se cree con el derecho a opinar acerca de todos los campos de la ciencia y de la vida, con igual certeza y soberbia, arriesgando a conducir a la sociedad y a toda la humanidad, por equivocados rumbos.

Parece importante superar la tendencia a atomizar los saberes, que presenta a la especialidad y las sub-especialidades como estamentos superiores e intocables, ajenos y a veces incomunicados con el resto de las disciplinas y especialidades. La tecnología y la información cruza transversalmente todos los campos y sectores culturales. La solución de muchos problemas exige hoy criterios interdisciplinarios para resolverlos. La universidad del siglo XXI, debe entender y asumir esto, fomentando la cultura del trabajo en equipo y en multi e interdisciplinariedad.

El acceso masivo a la educación universitaria ha significado, sin duda, una verdadera revolución. Las entidades universitarias tradicionales han debido replantear su misión y reevaluar su labor. Empezamos a tener demasiados titulados y las instituciones son incapaces de aumentar los presupuestos económicos a la par con mejorar su infraestructura. Los presupuestos públicos destinados a la universidad no crecen en la proporción necesaria.

El debate hoy día está puesto en la calidad, palabra que puede tener diferentes interpretaciones según los criterios que se utilicen para definirla y medirla. Se hace necesario, entonces, pensar en garantizar la calidad de la educación que las nuevas y antiguas instituciones están impartiendo y la de los profesionales que están formándose. Por eso nacen las diversas instituciones de acreditación^(4,5). Éste es un fenómeno mundial, necesario para poder aceptar la movilidad profesional entre países producto de la globalización. Ahora bien, ¿Cuáles son los intereses que pueden existir detrás de las nuevas universidades⁽⁶⁾ y de estas nuevas instituciones acreditadoras? ¿Quién acredita a su vez la calidad de las entidades acreditadoras? - ¡Dejo aquí planteada esta inquietud! - Son éstos temas muy interesantes de desarrollar que se enlazan con aquéllos de educación en ética y de ética en educación.

En Ciencias de la Salud, la falta de campos clínicos obliga a plantear otras alternativas para realizar docencia. Entramos aquí al mundo de las simulaciones, tema interesantísimo que ha sido utilizado desde hace años ya en el campo de la investigación espacial (una demostración más de ese fenómeno que decíamos ha ido surgiendo en nuestra era, en que la investigación ha dejado de ser monopolio de las universidades). Muchos de los grandes inventos de los últimos años han provenido del mundo de la industria y las empresas, dejando a las universidades relegadas a un segundo plano en lo que a génesis de conocimientos se refiere. Como ejemplo paradigmático, tenemos el de la empresa

Microsoft y la creación y masificación de Internet y el de las industrias farmacéuticas, que invierten hoy millones de dólares en investigación científica.

No es que nuestras universidades no realicen investigación; el problema es que si nos detenemos a evaluar la calidad de ésta, probablemente muchos nos sentiremos decepcionados. Son pocos los trabajos realmente innovadores y creativos, que reflejen haber sido producto de la necesidad interna de dar respuesta a una inquietud; y menos aún aquellos cuyos resultados hayan significado un aporte real para nuestra sociedad. Da la sensación que la investigación es convertida a veces en un medio para subir de escalafón académico y/o para generar prestigio y puntaje a la universidad, al momento de su acreditación como centro formador. Obviamente no podemos generalizar, pero pareciera que algunos académicos estuviesen usando la investigación para beneficio personal sirviéndose de ella, como trampolín de ascenso académico y no como canalización de una inquietud que intente ser respondida para beneficio de la sociedad.

Se observa, además, cierta tendencia a generar universidades-empresas que han perdido parte importante de su aspecto humanista y donde, como hemos señalado, son los números los que comandan muchas decisiones: número de matriculas, número de deserciones, número de egresados, número de investigaciones, número de publicaciones, número de doctorados... Volvemos aquí al tema de que muchos aspectos están siendo evaluados de manera sólo cuantitativa, con poco o ningún control de calidad. Esto resulta porque los pocos recursos existentes terminan a veces siendo dilapidados en investigaciones que no pasan de ser más que la copia fiel de otras, realizadas en el extranjero o una mera recopilación de datos estadísticos. ¿Dónde está la innovación? ¿Dónde está la creatividad? ¿Dónde está la utilidad de la Universidad para mejorar nuestra sociedad?

NECESIDAD DE UNA REINGENIERÍA

En la universidad debe existir un equilibrio - y no un conflicto - entre la trasmisión de antiguos saberes, la producción de nuevo conocimiento, y su adecuación o inserción social.

Haciendo una introspección, tratando de centrarnos ahora en la docencia que realizamos en nuestra propia Universidad, nos encontraremos con importantes vacíos. Existen numerosos obstáculos y barreras que dificultan poder llenar esos espacios: las actitudes competitivas, la cultura personalista en que prima lo individual y que se asume como cultura profesional normalizada en el profesorado universitario, la tradición que se convierte a veces en rigidez e incapacidad de innovar, los actuales mecanismos de ascenso y promoción (evaluación académica) que contribuyen más a desincentivar a los académicos a hacer docencia que a estimularlos. Muchas veces se asocia la valoración del académico únicamente con la investigación científica, dejando los aspectos docentes y humanos en segundo o último plano.

Nuestra Universidad no puede seguir funcionando con parámetros del siglo pasado. Necesita una reestructuración y un cambio para enfrentar las nuevas demandas. Urge profesionalizar la educación universitaria, de modo de poder contar con todos los elementos necesarios para aprender a aprender, y para aprender a enseñar a aprender, en contraposición con el sólo aprender a enseñar o con el antiguo enseñar artesanalmente de la época medieval. Es importante fomentar en nuestros docentes y alumnos las ventajas del trabajo en equipo, la interdisciplinariedad, la importancia de la reflexión y de los valores éticos.

Es posible intuir que si logramos establecer una concepción más universal y crítica de la educación, eventualmente se traducirá en una mejor comprensión, mayor participación, equidad y democratización de los ciudadanos de nuestra sociedad

mundial; generándose así la transformación de este mundo individualista y ego centrista del que formamos parte.

No cabe duda que a la tecnología como pilar de las ciencias, técnicas y procedimientos, le ha faltado algo importante: las Humanidades. Sólo su adición permitirá poner el sello humano a las ciencias y, tal vez, devolver el sello espiritual o divino al árbol del conocimiento. Debiera reaparecer entonces el valor de los componentes no científicos del conocimiento. Esto parece especialmente válido para la Medicina. Como dice el experto en bioética Martin Sass:

“La intervención médica no se puede basar únicamente en datos científicos, por la compleja naturaleza del hombre, por la incertidumbre inherente al diagnóstico y al pronóstico, y porque el ethos de la medicina es tratar al paciente como un todo y no a los síntomas o enfermedades aislados.”⁽⁷⁾

La formación, investigación y gestión deben estar presente de manera lo más equilibrada posible en la educación universitaria. Si a la tríada anterior agregamos innovación, flexibilidad y fomento de la multi e interdisciplinaridad, junto a un retorno a la reflexión y al humanismo, probablemente consigamos la fórmula mágica que nos permita no sólo adecuar la Universidad a las necesidades actuales de la sociedad del siglo XXI, sino soñar con ir más allá... con la posibilidad de que en un futuro no muy lejano pueda emerger desde el interior de sus

aulas un germen (fruto de los ideales valóricos reinales en ellas) que nos permita moldear o rearmar nuestra sociedad con el propósito de hacerla más justa, eficiente y equitativa, permitiendo así que se exprese en toda su magnitud la misión primaria que se le ha pedido a la universidad a través de la historia: ayudar a construir una sociedad mejor, en la que todos los seres humanos que habitemos esta aldea global, podamos tener acceso a la felicidad.

Algunos lamentables sucesos observados en nuestro país después del reciente terremoto han generado a su vez múltiples “réplicas” que han remecido las conciencias individuales y colectivas: es preciso rescatar los valores éticos y humanos.

Termino con una frase del filósofo contemporáneo Edgard Morin que interpreta lo que quisiera transmitir en estas líneas:

“En nuestro mundo globalizado, las dinámicas socioculturales, económicas, tecnológicas y políticas se aceleraron como nunca antes, exigiendo de manera urgente nuevas aptitudes de comprensión, más globales, más integradoras, para poder enfrentar estos retos inéditos de manera eficiente y sostenible. Una reforma profunda de la educación y de los sistemas educativos representa, sin duda, una de las metas fundamentales de la humanidad en este siglo XXI, planteando imperiosamente la necesidad de una reflexión detallada e irreverente acerca de las modalidades actuales de formación docente”⁽⁸⁾.

REFERENCIAS

1. Historia de las Universidades Chilenas. Extraído de www.universia.cl/contenidos/universidades/php/historia_ues.php
2. Dalai Lama. El universo en un solo átomo. Buenos Aires: Editorial Grijalbo, 2006.
3. Ortega y Gasset, J. La barbarie del “especialismo”. En Gardner, M (coord.). Los grandes ensayos de la ciencia. México: Nueva Imagen, 1998;91-6.
4. Extraído del sitio Web de la Comisión de Nacional de Acreditación: www.cnachile.cl/
5. La acreditación universitaria, tema central del informe “La educación superior en el mundo”. Acreditación para la garantía de calidad. Barcelona, 2007. Extraído de www.guni-rmies.net/info/default.php?id=87.
6. Monckeberg, MO. Negocio de las universidades en Chile. Santiago: Editorial Rústica, 2008.
7. Sass, Hans-Martin. La bioética: fundamentos filosóficos y aplicación. Extraído de www.bibliomed.com/biblioteca/paho/bioetica/Cap03.pdf
8. Edgar Morin. ¿Quién formará a los formadores? Extraído de www.edgarmorin.org/

CORRESPONDENCIA



Dra. Patricia Gómez Morales
Departamento de Cardiología
Hospital Clínico Universidad de Chile
Santos Dumont 999, Independencia, Santiago
Fono: 978 8358
E-mail: gomez.pati@gmail.com